

9867

BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

SALIRSE CON LA SUYA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RICARDO BEVENGA Y FERNANDO PIÑANA



MADRID

ARREGUI Y ARUEJ, EDITORES

GREDA, 15, BAJO

—
1892

9

SALIRSE CON LA SUYA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RICARDO REVENGA Y FERNANDO PIÑANA

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del
9 de Abril de 1892



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1892

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

CARMEN.....	SRTA. MARTÍNEZ.
ROSA.....	SRA. ALVERÁ.
JULIANA.....	SRTA. MOLINA (D. ^a AMPARO).
RAFAEL.....	SR. THUILLIER.
MELCHOR.....	MONTENEGRO.
LUIGI GUEROFANO.....	BALAGUER.
EL DOCTOR.....	MENDIGUCHÍA.

La acción en nuestros días

Derecha é izquierda del actor

ACTO UNICO

Gabinete elegantemente amueblado.—Puerta al foro.—Otra á la izquierda, que se supone conduce al cuarto de Carmen.—A la derecha una chimenea, delante de esta dos butacas.—Un «chiffonier» á la izquierda segundo término; cuadros, sillas, un confidente, etc., etc.—Sobre la chimenea unos autos judiciales, y sobre el «chiffonier» varios periódicos, entre ellos «La Epoca.»

ESCENA PRIMERA

RAFAEL y JULIANA.—Al levantarse el telón no hay nadie en escena.—Suena un timbre.—Juliana sale por la puerta del foro, cruza la escena y entra por la puerta de la izquierda, volviendo á salir apresuradamente.—Vase foro.—Pausa

RAF. (Desde la puerta izquierda y en voz baja.) Pero no viene eso... ¡Juliana!

JUL. (Foro, con una bandeja y en ella unas copas y un frasco.) Aquí está, señor; traigo el frasco de la medicina para que eche usted lo que quiera.

RAF. ¿Avisaron al médico? (Echa en la copa del agua unas gotas.)

JUL. Sí, señor; hace ya más de una hora.

RAF. Entre usted, y dele eso á la señora. (Vase Juliana izquierda, saliendo al poco rato y yéndose por el foro.) Estoy más nervioso que mi pobre mujer. (Se acerca á la chimenea, coge los autos judiciales y se sienta.) ¡Maldito asesino! Y que tenga yo que estudiar para defender á este pillo... Le

dán garrote, con seguridad. (Hojea los autos.)
Es imposible defenderle, todo le acusa.

ESCENA II

RAFAEL, EL DOCTOR y JULIANA

JUL. Señorito, el médico. (vase.)
RAF. Mi querido Doctor, bien venido.
DOC. Los médicos no somos bien venidos. ¿Quién es el enfermo?
RAF. Mi mujer; hace días que está delicadilla.
DOC. ¿Los nervios, eh?
RAF. Ayer tuvo un ligero desmayo...
DOC. Una lipotimia.
RAF. Además está inapetente.
DOC. Bueno, bueno.
RAF. Y tan excitada.
DOC. Perfectamente.
RAF. Todo la contraria.
DOC. Muy bien, muy bien.
RAF. ¡Cómo bien, Doctor!
DOC. Digo que explica usted muy bien los síntomas, y la sintomatología es la base del diagnóstico. Veámos la enferma.
RAF. Según la sintomatología, éste Doctor me fastidia. (Vánse izquierda.)

ESCENA III

ROSA y JULIANA

JUL. Pase usted.
ROSA ¿Cómo sigue la señorita?
JUL. Así, así; ahí está el médico.
ROSA (Se sienta.—Pausa.) ¿La ha repetido el ataque?
JUL. Un poquito; esta mañana, después de tomar el chocolate, lo arrojó, y hace un momento se puso á llorar y á decir que el señorito no la quería.
ROSA ¡Vaya, vaya! mimos...

JUL. La otra vez la pasó lo mismo.
 ROSA ¿La otra vez que tomó chocolate?
 JUL. No, señora, á poco de casarse, cuando...
 ROSA ¡Ah, sí!... De manera que se trata de... ¡y yo que me había asustado!
 JUL. Ya sale el Doctor. (vase.)

ESCENA IV

ROSA, RAFAEL y EL DOCTOR

DOC. (saliendo.) Nada, señor de Miraldez... ¡Ah, señora! (Saludando á Rosa.)
 ROSA (Devuelve el saludo al Doctor, con una inclinación de cabeza.) Hola, Rafael; ¿cómo está Carmen?
 RAF. Según dice el Doctor, no tiene nada de particular.
 ROSA (Entonces se ha equivocado la muchacha.)
 RAF. ¿Quieres hacerme el favor de acompañarlo hasta que yo vuelva?
 ROSA Si, hijo, con mucho gusto.
 RAF. He de ir á la Audiencia, y me disgusta dejarla sola.
 ROSA Voy en seguida. (Al médico,) Beso á usted la mano. (Deja el manguito sobre el "chiffonier.")
 DOC. (Saludando.) ¡Señora! (Vase Rosa izquierda.)

ESCENA V

RAFAEL y EL DOCTOR

RAF. Dígame usted, Doctor, ¿cómo encuentra á mi mujer? (Se sientan.)
 DOC. La visita ha sido breve; sin embargo, he visto algunos síntomas muy caracterizados.
 RAF. ¿Pero qué es lo que tiene?
 DOC. Calma, amigo mío, mucha calma. Ante todo, creo haber visto algo de constipación.
 RAF. Como que todo el día está estornudando.
 DOC. También me parece que tenemos algo de disuria.

- RAF. ¿Tenemos? Pues yo no he sentido nada.
 DOC. En las funciones digestivas he encontrado modificaciones. Pajot, divide estas en tres clases: excitación, disminución y perversión. En este caso tenemos la segunda y la tercera.
- RAF. ¡Ay, Dios mío!
 DOC. Han demostrado doctores tan eminentes como Peter, Heindenhain y Spiegelberg, que en este estado fisiológico, existe aumento de la masa sanguínea, plétora por cantidad según unos, plétora serosa según otros; poco importa: el hecho es que hay plétora, ó mejor, congestión.
- RAF. ¡Congestión! Me asusta usted... ¿Mi mujer tiene todo eso? ¡Entónces está gravísima!
 DOC. También he hallado la lentitud del pulso gravidico, que señala Burdach. Pero...
- RAF. Acabe usted, por Dios. ¿Qué es lo que tiene?
 DOC. ¡Ah! eso no lo puedo asegurar hasta dentro de algún tiempo.
- RAF. Pues cuando pueda usted decirlo, ya me habré muerto de ansiedad.
 DOC. Usted tiene la culpa de todo.
- RAF. ¿Yo?
 DOC. Sí, amigo mío; todos los síntomas parecen indicar que no tardará usted en... eso... ¿Me entiende usted?
- RAF. Ni jota.
 DOC. En ser padre.
- RAF. ¿Eh? ¿Qué dice usted? (Se levantan.)
 DOC. Ya me parece haberle indicado, que usted tiene la culpa de todo.
- RAF. ¡Ay, mi querido Doctor, qué alegría!
 DOC. No se alborote usted. Esto no es más que probable; dentro de algunos meses, podré asegurarlo
- RAF. ¡Oh, entonces, yo también!
 DOC. Veamos ahora si hay síntomas nerviosos. La señora, ¿se muestra caprichosa?
- RAF. Sí, señor, sí.
 DOC. ¿Y ha satisfecho usted todos sus caprichos?
 RAF. Yo no; como ignoraba...

- DOC. Pues no debe contrariársela en nada. En este caso se presentan fenómenos muy raros; un célebre tratadista cita el caso de una señora que quería comerse la nariz de su marido.
- RAF. ¿Y él satisfizo el capricho?
- DOC. El tratadista calla sobre este punto... pero, repito, que no se la contrarie.
- RAF. ¡Ay! ya me veo padre... y desnarigado.
- DOC. Nada he querido indicar á la señora para dejar á usted ese placer. Una escena tierna é íntima entre los esposos, es el mejor espasmódico que podemos propinarla... con que propíneselo usted y volveré á ver el efecto. (Haciendo ademán de marcharse.)
- RAF. Espere usted, Doctor; yo también me voy; le llevaré á usted en mi coche.
- DOC. Vamos, padre probable.
- RAF. ¿Probable?... no me conformo. (Vanse.)

ESCENA VI

CARMEN y ROSA

- ROSA (Saliendo por la puerta izquierda.) Vaya, hija, todo eso es mimo.
- CAR. Sí, buenos mimos tengo.
- ROSA ¡Pobrecilla, qué desgraciada es!
- CAR. No te rías.
- ROSA Si quieres lloraré contigo, porque tienes un marido que es de pasta-flora; tan dulcecito, tan suave...
- CAR. ¡Tan dulce que me empalaga. (Se sientan.)
- ROSA No sabes lo que tienes. Merecías un marido como el mío; alma de pólvora, aguarrás y dinamita en un cuerpo de cardo setero.
- CAR. ¡No tanto!... ni miel ni acibar.
- ROSA Vamos, una mezcla; pues buen rejalgar saldría.
- CAR. Qué feliz eres; siempre con tan buen humor.
- ROSA Pues no tengo motivos; estoy esperando que

de un momento á otro estalle mi marido.
 CAR. ¡Que estalle!...
 ROSA De cólera, en cuanto sepa...

ESCEÑA VII

DICHAS: JULIANA y en seguida LUIGI

JUL. Señorita, un caballero. (Entregando una tarjeta.)
 CAR. ¿Por quién ha preguntado?
 JUL. Por los señores.
 CAR. (Leyendo la tarjeta.) ¿A ver? «*Luigi Guerofano, secretario de la Ambasciata del Re d' Italia.*»
 ROSA Muy bien; en pensando en el ruín de Roma, al punto asoma.
 CAR. Dile que pase. (Vase Juliana.)
 ROSA ¡No, por Dios!
 CAR. ¿Por qué? Nos distraerá.
 ROSA ¡Cál si vendrá con alguna *ambasciata*. Me es insoportable, precisamente de él es de quien quería hablarte.
 LUIGI ¡Signora! (Qué felicidad ella cui.)
 CAR. Siéntese usted.
 LUIGI Muchas gracias. ¿Se encuentra buena?
 CAR. Así, así.
 LUIGI ¿Y usted también?
 ROSA No, señor; yo perfectamente.
 LUIGI Me alegro. (Se sienta.)
 ROSA Gracias. (Pausa.)
 LUIGI ¿E il suo signor marito, está en casa?
 CAR. No, fué á una vista.
 LUIGI Entonces no puedo verle...
 ROSA Sí, señor; si va usted á la vista, podrá echarle la vista encima.
 LUIGI Usted *sempre* ingeniosa é *espirituale*...
 ROSA Gracias por la galantería, pero en castellano se dice guasona.
 CAR. No la haga usted caso, siempre es la misma.
 LUIGI *Sempre* guasona...
 ROSA Pronto aprendió usted la lección.
 LUIGI Es muy buena la maestra.
 CAR. ¿Y deseaba usted hablar á mi marido?

- LUIGI *Si, signora; vengo de parte del embajador.*
 ROSA De manera que viene usted de embajador del embajador...
- LUIGI Eso es.
 ROSA Pues el embajador que lo desembarajadorase...
 LUIGI *Come, come es eso... el embajador que lan barajase, que le... no entiendo, pero me hace gracia.*
- ROSA ¡Pues hacer es!
 CAR. ¿Quiéres tener formalidad un momento y dejar hablar al señor?... no recuerdo...
- ROSA Melónfano, mujer.
 LUIGI No *signora*, *Guerofano*, mi nombre, como el de usted, es una flor; quiere decir *Clavel*.
- ROSA Yo lo había hecho una hortaliza.
 CAR. Pues bien, señor de *Clavel*.
 LUIGI *Guerofano, signora.*
 CAR. Bien, señor de *Guerofano*, ¿desea usted hablar á mi marido de algún asunto?
- LUIGI Sí, *signora*; una cuestión de abogado, importantísima. ¿Podré *vederlo*?...
- CAR. Sí, vuelva usted luego ó mañana; esta casa es suya.
- LUIGI (*Levantándose.*) *Mille grazie é* perdone la molestia. (*Le da la mano.*)
- CAR. Ninguna. Mi marido, que creo es amigo de usted, tendrá mucho gusto...
- LUIGI (*A Carmen.*) A los piés de usted. *Addio*, maestra guasona. (*A Rosa.*)
- ROSA Adiós, discípulo... posma.
 LUIGI (*Aparte á Rosa.*) Necesito hablar á usted... (*Saluda con una inclinación de cabeza y se va repitiendo hasta hacer mutis.*) *lan basador que la ambararajase... tiene gracia eso...*

ESCENA VIII

CARMEN y ROSA

- ROSA ¡Uf! ¡gracias á Dios que se fué!
 CAR. Pero, mujer, has estado muy burlona.
 ROSA ¡Valiente danzante! Ayer noche, en casa de

los condes del Arco, tuve la debilidad de bailar con él unos rigodones; me hizo una declaración en regla y me dijo que me escribiría.

CAR. ¿Y toleraste semejante audacia?

ROSA ¿Y qué querías que hiciese? ¡como no le pegase! Prohibo á usted, le dije, que me hable de ese modo.

CAR. Entonces...

ROSA El replicó: usted me lo prohíbe, pero yo no puedo obedecerla; mi amor arrollará todos los obstáculos,... ¡qué se yo! ¡majaderías! y mientras tanto hacíamos las figuras del rigodón, y yo daba la mano al *vis* sonriendo.

CAR. ¿Sonriendo?

ROSA Es claro. Mi marido estaba frente por frente á nosotros, pero sin quitarme ojo. Si hubiera adivinado lo que pasaba.

CAR. Sí, comprendo...

ROSA Y que no es pesado el hombre. (Imitándole.) ¡Bellísima! ¡Divina! Ahora, al marcharse, me ha dicho que necesitaba hablarme... Y aún hay más, ¡me ha escrito el muy botarate! (Enseñando una carta que lleva en el bolsillo.)

CAR. ¿Y cómo ha llegado?...

ROSA Por mi doncella; ya la he despedido.

CAR. (Riéndose.) ¡Pobre amiga mía!

ROSA No te rías... Si el huracán de mi marido llega á encontrar una carta de ese *clavel* italiano.

CAR. ¿Qué?

ROSA Lo deshoja. No puedes figurarte lo celoso que es.

CAR. ¿Celoso?

ROSA Como uno de nuestros primeros turcos. ¿Rafael no lo es?

CAR. No ha tenido motivos para serlo.

ROSA Melchor tampoco; pero como me quiere tanto, lo es.

CAR. ¡Ah! ¿porque te quiere? (Pensativa.)

ROSA Sí, con delirio; y además, ¡es tan bueno! Mira, hace pocos días tuvimos una pelotera por una tontería; yo soy muy terca, lo reco-

nozco; él tenía razón, pero yo no quería dar mi brazo á torcer; nos enfadamos, estuvimos de monos una porción de días y casi sin vernos mas que para almorzar y comer, y siempre mudos. Yo empeñada en que él me pidiera perdón; él esperando que yo se lo pidiera á él. Llegué hasta... mira qué tontería, llegué hastairme á dormir al cuarto que hay al lado de mi tocador, y le dejé solo... El se calló, pero yo fui de puntillas á ver lo que hacía al verse solito, y...

CAR. ¿Y qué? (Con ansia.)

ROSA No le digas que yo te he contado esto, ¿eh? Pues bien, me lo encontré ¡llorando!

CAR. ¡Llorando!

ROSA Sí, hija, ¡llorando! ¡y si vieras qué feo estaba!

CAR. ¡Llorar Melchor! ¡Un coronel de infantería!
ROSA Felizmente una sonrisa mía bastó para secar sus lágrimas.

CAR. ¡Bien puedes decir que te ama!
ROSA De eso estoy segura.

CAR. ¡Ay, Rosa! Eres una mujer feliz.

ROSA ¿Y tú no lo eres?

CAR. ¿Yo? no he logrado nunca la dicha de que Rafael lllore por mí.

ROSA ¿Qué importa eso si te adora?

CAR. Sí: puede ser; pero no tiene celos, luego no me ama...

ROSA ¿Estás loca?

CAR. Te digo que no me ama.

RAF. (Dentro.) ¡Juliana!

CAR. Ah, su voz. (Rosa coge el manguito y guarda la carta dentro de él.)

ESCENA IX

DICHOS y RAFAEL. Este entra alegremente por el foro, llevando varios papeles en la mano

RAF. Pronto, un vaso de agua con azucar, Juliana. ¡Éxito completo, Carmen mía! (Abrazán-

dola.) ¡Éxito completo, amiga Rosa! Figuráos que ese pillastre había envenenado á su mujer. (Lo que es de eso, estoy segurísimo.) Pues bien, ¡absuelto! queridas, ¡absuelto! ¡Qué triunfo! He hecho llorar al jurado, á los jueces, hasta á los guardias de orden público.

CAR. ¿Y tú? ¿También has llorado?

RAF. ¡Yo! No, mujer; hablaba con inspiración, con fuego, y...

CAR. ¿Conmovido?...

RAF. Tampoco; si llego á conmoverme hubiese perdido el hilo de mi discurso y hubieran condenado á mi asesino (lo cual tenía muy merecido.)

CAR. (A Rosa.) Lo ves, ¡si es de piedra!

RAF. (Tomando el agua que Juliana ha dejado sobre la chimenea.) ¿Queréis agua? Es el quinto vaso que me bebo. No se puede hacer llorar á tanta gente sin que á uno se le seque la boca.

CAR. (A Rosa.) ¿Oyes? ¡No tiene corazón!

ROSA No seas trasto... Me voy, no vaya á ocurrir que durante mi ausencia llegue á casa otra cartita y caiga en poder de mi Melchorito... (A Rafael.) Señor defensor de envenenadores, que sea enhorabuena.

RAF. A mí, no; á él.

ROSA Bonito oficio el tuyo. Ahora, ese pillo volverá á casarse y vuelta á dar jicarazo, y tú, vuelta á defenderle.

RAF. Es hombre de mucha conciencia; se enamora de otra mujer, y antes que faltar á la suya, prefiere envenenarla.

ROSA Vaya, me voy; no quiero oír más desatinos. (Hace un movimiento y se le cae al suelo la carta que metió en el manguito.)

RAF. ¿Tan pronto?

ROSA Volveré; voy á comprar unas cosillas. Hasta luego. (A Carmen.)

CAR. Adiós. (Se sienta muy pensativa junto á la chimenea.)

RAF. Mis recuerdos al marcial coronel. (Acompaña á Rosa hasta la puerta, y al volver, encuentra la carta que dejó caer aquella.)

ESCENA X

CARMEN y RAFAEL

- RAF. ¿Qué es esto?
- CAR. (Con indiferencia.) Un papel.
- RAF. No: una carta. (Sacándola del sobre.)
- CAR. ¿A quién va dirigida?
- RAF. No tiene señas... mía no es... Se le habrá caído á Rosa.
- CAR. (¡Ah! la carta de Guerofano.) ¿Y por qué supones que sea de Rosa?
- RAF. Como no sea tuya...
- CAR. (Probaré á darle celos.) ¿Y por qué no?
- RAF. Entonces, tómala. (Con indiferencia.)
- CAR. ¿No te inspira curiosidad saber de quién es?
- RAF. Respeto tus secretos.
- CAR. ¡Gracias! (Con sequedad, y arrojando la carta sobre la chimenea.)
- RAF. (Después de breve pausa y cambiando de tono.) ¿Sabes que Rosa está muy guapetona?
- CAR. Sí: ¡es tan feliz!
- RAF. Por esa razón, tú debes ser mucho más feliz que ella. (Sentándose á su lado y con tono cariñoso.)
- CAR. No sé si su marido será tan galante como tú, pero... ¡la quiere tanto!
- RAF. ¿Melchorcito? ¡El bizarro coronel!
- CAR. Es tan cariñoso, tan sensible...
- RAF. Son muy sensibles todos los coroneles. Pregúntaselo á los quintos.
- CAR. ¿Te burlas de él? Pues creo que los militares valen, por lo menos, tanto como los abogados.
- RAF. Muchísimo más; sobre todo, en el cuartel... Pero no es buena ocasión para que hables mal de este abogado, hoy que he obtenido un triunfo. ¿No estás contenta de que tu marido haya salvado la vida á un infeliz?
- CAR. (Con emoción.) ¡Ah, sí, Rafael mío! Un desdichado que quizá tendrá hijos, madre...
- RAF. Ni perrito que le ladre, y es lástima, porque

hubiera yo hecho un párrafo precioso. (se levanta.) «Y qué, señores jurados, ¿no se conmueve vuestro corazón al ver á esa madre infortunada, presa de mortales angustias, que pide con voz ahogada por las lágrimas, que le devolváis al hijo de sus entrañas... que es inocente del crimen de que se le acusa... recordad á esos pobres pequeñuelos que tiritando de frío y sin pan que llevar á sus labios tienden á vosotros sus manecitas suplicantes, y os gritan... mi padre, mi padre?...»

- CAR. (Que ha seguido el discurso con emoción se levanta, y se acerca á Rafael.) ¡Lloras!
- RAF. Que tontería (Riendo.) no mujer; es pura comedia.
- CAR. (Separándose con rabia.) ¡Es verdad!... olvidaba... (Vuelve á sentarse en la butaca.)
- RAF. (Acercándose á ella con cariño.) ¿Qué tienes? ¿Estás mala?
- CAR. A tí qué te importa.
- RAF. ¿Pues á quien ha de importar?
- CAR. A cualquiera...
- RAF. ¿A cualquiera? No te entiendo.
- CAR. Ni debe importarte; eres tan poco curioso... No te interesa nada mío. (Con retintín.)
- RAF. Lo dices por la cartita... ¿De modo que supones?...
- CAR. Que me quieres tanto... tanto, que te sería igual que fuera de un amante...
- RAF. ¡Eh! ¡Un amante!...
- CAR. (¡Por fin!)
- RAF. Carmen, no sabes lo que dices. La palabra no suena bien.
- CAR. (Con exaltación.) Bueno; un adorador, es igual. Aunque yo fuera inocente, debías...
- RAF. No te excites, por Dios, hija, ten calma.
- CAR. Si no me excito. (Con calma aparente.) Pero, es que tú lo tomas con una calma... (Volviendo á la excitación.)
- RAF. Carmen, Carmen, que se te sube la sangre al rostro.
- CAR. De ira, de dolor, de rabia, al ver que no me amas.

- RAF. ¡Que no te amo! ¿Porque no he leído esa carta? (La coge de la chimenea, la abre y lee.) ¡Cuanta tontería! y que mal escrita está. ¿Es de Guerofano? ¿Te hace la corte?
- CAR. ¡No te habías enterado!
- RAF. Los maridos son siempre los últimos que se enteran de estas cosas.
- CAR. Pues ya lo sabes.
- RAF. Eso es lo que me tranquiliza; que tú me lo dices.
- CAR. ¿Y si fuera un ardid mío?
- RAF. ¡Si así fuera!... (Incomodado.)
- CAR. ¿Qué, qué? (Con ansiedad.) ¡Serías capaz! ¡Contesta! (Imperiosamente.)
- RAF. Vaya, Vaya. (Cambiando de tono.) ¡Cuánta necesidad! Te vas á poner mala. (Cogiéndola la mano.) Vés, ya se te ha alterado el pulso.
- CAR. ¡Déjame! (Con aire despreciativo.) ¡No tienes corazón! (Vase por la izquierda.)

ESCENA XI

RAFAEL, después MELCHOR

- RAF. ¡Qué no tengo corazón! ¿Pero, qué la pasa? Ese miserable de Guerofano ha venido á turbar mi felicidad. Atreverse á escribir esta carta... Se la voy á hacer tragar.
- MEL. (Entrando por el foro, vestido de Coronel de infantería.) ¡Rafael! quizá te necesite; estoy dado á todos los diablos.
- RAF. Pues si vienes á que te consuele... ¡á buena parte vienes!
- MEL. Mira, mira; no me hables con tono lúgubre.
- RAF. Es que no tengo motivo para estar contento. Soy muy desgraciado.
- MEL. Yo más que tú.
- RAF. Tú qué sabes.
- MEL. Repito, que yo más que tú.
- RAF. Bueno, hombre, pues peor para tí.
- MEL. Vengo del cuartel, y en poco ha estado que no dejo á un quinto sin orejas.
- RAF. ¡Pobre muchacho!

- MEL. Necesitaba desahogarme; pero mientras le estaba zarandeando, decía para mí, ¡que no fueran estas orejas las de Guerofano!...
- RAF. ¿Las de Guerofano?
- MEL. Sí; ¡Guerofano! ¿Le conoces?
- RAF. Ese fátuo, insolente...
- MEL. No lo sabes tú bien.
- RAF. Hoy no quieres que sepa yo nada.
- MEL. Anoche, en casa de los condes del Arco, bailó con mi mujer.
- RAF. ¿Y qué?
- MEL. Que yo he sido joven, que yo he sido soltero...
- RAF. No lo creo.
- MEL. ¿Ves? Te burlas y quieres comparar tu desgracia con la mía: estoy seguro que la hace la corte.
- RAF. ¿Quién?
- MEL. Guerofano.
- RAF. ¡Ah! ¿Tú lo sabías? Luego ya es público... y tú, siendo amigo mío, no me lo has dicho...
- MEL. Pues ahora te lo digo.
- RAF. A buena hora: cuando ya me lo ha dicho ella.
- MEL. ¡Ella! ¿Quién es ella?
- RAF. Mi mujer: me ha dicho que Guerofano la hace la corte.
- MEL. Pero si á quien le hace la corte es á la mía.
- RAF. Bueno, pues, entonces, á las dos.
- MEL. Eso me tranquiliza un poco.
- RAF. Pues no veo el por qué: ¿es que así crees que tocaremos á menos?
- MEL. (Sin hacer caso de Rafael y hablando consigo mismo.) Sí... estoy seguro... me falta una prueba... y la tendré... ya lo creo... porque ese majadero escribirá alguna carta...
- RAF. ¿A tu mujer?
- MEL. Naturalmente.
- RAF. A la mía ya se la ha escrito.
- MEL. ¿De veras?... ¡Cuánto me alegre hombre, cuánto me alegre!
- RAF. Gracias.

- MEL. No, no, perdona; pero es que... ¡Ahora veo claro!
- RAF. Sí, á pesar de lo ducho que erẽs, has tocado el violón. Pero yo haré entender al Sr. de Guerofano...
- MEL. ¡Bah! no te acalores; con una buena estocada se castiga al insolente y en paz.
- RAF. Sí; pero le hubiera sido tan facil no hacerle el amor á mi mujer, y hacérselo á la tuya...
- MEL. ¡Eh! cuidado con lo que dices.
- RAF. Sin duda por disimular se mostraba galante con Rosa.
- MEL. Es evidente; más supongo que no dudarás de tu mujer.
- RAF. ¡Qué disparate! ni por un momento; pero necesito castigar á ese botarate. Hazme el favor de encargarte de este asunto.
- MEL. Calma, hombre; examinemos la situación friamente.
- RAF. Tiene gracia que tú me recomiendes la calma... ¡Maldita carta!

ESCENA XII

DICHOS y ROSA

- ROSA (Por el foro.) ¡Una carta! (Con terror.)
- MEL. Me alegró que vengas, así acompañarás á Carmen. Éste (Señalando á Rafael.) tiene un asunto importante y...
- RAF. Sí; he de ver á un cliente. Me voy, y te dejo de enfermera. (A Melchor.) Dí que te vas, y ven á buscarme á mi despacho; te aguardo. (Vase Rafael.)

ESCENA XIII

ROSA y MELCHOR

- MEL. ¡Ay, Rosa, Rosita! qué ganas tenía de estar á solas contigo. Ahí va un abrazo, y otro, y otro. (La abraza.)

- ROSA Pero, hombre, ¿qué te ha dado?
MEL. Abrazame mujer; estoy contentísimo... (Cambian-
do de tono.) ¡En esta casa va á suceder
algo muy grave!
- ROSA ¿Y por eso te alegras?
MEL. No mujer, por lo otro.
ROSA ¿Y qué es lo otro?
MEL. Que en mi casa no ocurrirá nada grave. No
es que me alegre del mal del prójimo, pero
San Francisco lo dijo: *Charitas bonitas*, ó ca-
ritas bonitas, y entre todas, la tuya. (La
abraza.)
- ROSA Pero, hijo, ¡qué manera de achucharme!..
¿Qué te pasa?
MEL. A mí nada, á Rafael. ¡Está el pobre!... Figú-
rate que ha encontrado una carta de Gue-
rófano...
- ROSA ¿Cómo?..
MEL. Encontrándola. Y cuando un hombre escribe
á una mujer, es porque á ella le da la gana.
- ROSA Melchor, no seas mal pensado.
MEL. ¡Ay, ay, ay! Las mujeres todas son iguales.
ROSA Eres un zángano, como todos los hombres.
MEL. Haz una excepción, como yo la hago en favor
tuyo, y dejémonos de cuestiones. Avisa á
Carmen y evitemos una catástrofe. Dila que
sea más cauta, que aprenda á hacer bien las
cosas.
- ROSA Pero, hombre, no sabes lo que te dices. ¡Qué
consejos!
- MEL. Sí, tienes razón; es que soy como aquel boti-
cario del cuento: en cuanto me dicen algo
malo, contesto: «como si lo viera». Pero por
hoy me he equivocado, ¿verdad, hija mía?
Otro abrazo y hasta luego... Si fuera yo Ra-
fael... ¡zas! ya habria cortado algo al señor
Guerofano. (Vase.)

ESCENA XIV

ROSA y CARMEN

- ROSA ¡Pues si se entera de que es á mí á quien escribió! Hay que arreglar esto. (Se acerca á la izquierda.) Carmen, Carmen...
- CAR. ¿Qué te ocurre?
- ROSA La carta de Guerefano...
- CAR. La has dejado aquí.
- ROSA Y tu marido la ha encontrado.
- CAR. ¿Y qué?
- ROSA Que cree que es para tí.
- CAR. Ya lo sé.
- ROSA Y está furioso.
- CAR. ¡Ojalá!
- ROSA Pero, mujer..
- CAR. Mi marido no se enfurece por nada; ¡no ves que no me quiere!
- ROSA Pues Melchor me ha dicho que aquí va á ocurrir algo grave.
- CAR. ¿De veras? ¡Ay qué gusto!
- ROSA ¡Vaya, hija, qué capricho! Mira, mira, no juegues con el fuego.
- CAR. ¡Qué fuego! Un hombre á quien le he hecho creer que no le amaba y no me ha ahogado como á Desdémona.
- ROSA Hija, estás tonta. Tienes un marido tan guapo, y quieres convertirle en un morazo negrote como Otelo. ¡Qué asco! Un marido curado al humo. Mira, déjate de tragedias. Yo lo arreglaré todo; le referiré la verdad á tu marido y en paz.
- CAR. Eso nó; te lo prohibo... yo necesito probar si mi marido me ama.

ESCENA XV

DICHOS y JULIANA

- JUL. Señora.
 CAR. ¿Qué quieres?
 JUL. La señora generala Jiménez, está en el salón.
 CAR. ¡Qué fastidio! ¿Por qué no has dicho que había salido?
 JUL. Como la señora no me había dado orden...
 CAR. Anda, Rosa; ven, así dividiremos el fastidio de la visita...
 ROSA Gracias, no puedo tolerar á la generala.
 CAR. Como es tu superiora...
 ROSA Si; yo, como aquel fraile, aborrezco al abad, sea quien sea. Te espero y me entretendré leyendo *La Epoca*. (Vanse Cármen y Juliana.)

ESCENA XVI

ROSA, después JULIANA y LUIGI

- ROSA (Coge «La Epoca» que estará sobre el sifonier y lee.)
 Ecos del día... Despachos telegráficos... Veladas teatrales... Anuncios... Ama de cría, se vende á plazos... ¡Jesús, qué barbaridad! He saltado un renglón. (Sigue distraída leyendo.)
 JUL. (Por el foro.) Pase usted; según ha dicho, volverá en seguida.
 LUIGI *Si é necesario que io lo veda.*
 JUL. ¡Uy qué lengua, parece de caramelo! (Vase Juliana.)
 LUIGI *Ella cul... ¡sola! el imbecile del marito non é. ¡Oh, qué occasione! Signora, signora. (Pausa.) Calla... Será interesante la lectura... Diavolo de situazione. ¡Oh, allora me constiparé! Ejem, ejem... (Tosiendo.)*
 ROSA (Leyendo.) Si toseis, tomeis.
 LUIGI ¡Cóme!... ¡Ah, ya sé! (Arroja al suelo el bastón haciendo mucho ruido.)

- ROSA ¡Ay! (Asustada y soltando el periódico.)
- LUIGI *Signora, prego mi perdone. Sono tanto alegre de ver á usted que no el-bastone, yo me hubiera caído á sus piés.*
- ROSA Caballero... ¿quiere usted decirme cómo está aquí?
- LUIGI Muy bien, *signora*, muchas *gracias*.
- ROSA Se burla usted.
- LUIGI ¡Oh! bellísima, *signora*, si yo *vi amo* con loco *amore*...
- ROSA Su presencia me molesta; ya se lo he dicho.
- LUIGI Sí, *signora*; pero *non lo credo. E nesario* que *mi ame*.
- ROSA ¡Es demasiado atrevimiento! En casa ajena...
- LUIGI Si quiere que se lo *dica in* la suya.
- ROSA Ya le he dicho que soy casada.
- LUIGI *E* qué importa: *io* también lo soy.
- ROSA ¡Ah! y si alguien pretendiera á su esposa y quisiera poner á usted en la situación en que desea colocar á mi marido, ¿qué diría usted?
- LUIGI No diría nada, *perche io non* lo sabría.
- ROSA ¿Y si lo supiera usted?
- LUIGI ¡Oh! diría... ¡*Corno!*
- ROSA Bueno, pues yo no quiero que mi marido lo *dica*.
- LUIGI *Ma se il suo marito é tan bruto.*
- ROSA ¡Caballero! Basta; no permito. .
- LUIGI Aunque no permita, *tuto il mondo lo dice. E bruto non é bonito, credo al meno.*
- ROSA Bonito no, la verdad, no lo es; pero bruto...
- LUIGI *Signora, bruto en italiano é... come si dice... é... feo; eso, eso.*
- ROSA ¡Ah! Vamos, así ya no es un insulto.
- LUIGI Yo no insulto *jamai; dico nada más que su marito é bruto* en italiano y feo en español.
- ROSA Pues lo está usted poniendo bueno en ambos idiomas.
- LUIGI *Ma, olvidelo. ¡Rosa celeste! ¡Angelo mio! ¡Yo t'amo, t'amo, t'adoro!*
- ROSA Me parece que estoy en el Real.
- LUIGI ¡Rosa! ¡Rosal! ¡Rossina!
- ROSA Qué, hombre, qué; Bártolo, Bartolone.
- LUIGI Una esperanza, una sola; *dimi que aspete.*

- ROSA Bien, sí, pues *aspetato sentato*.
- LUIGI *Sentato*, no; de rodillas. (se arrodilla.) Una palabra *dolce*; una sola, Rosa.
- ROSA Allá van varias. Cuando ambos enviudemos...
- LUIGI *Parla*, di...
- ROSA Me casaré con otro.
- LUIGI ¡*Oh, crudel!* ¡*Burlarse del mio amore!*
- ROSA Por Dios, hombre, levántese, que va á hacer rodilleras en los pantalones.
- LUIGI No, no; permite que en la *tua* mano (La coge la mano.) ¡*Oh, qué branca!* ¡Es un copo de nieve!
- ROSA Vamos, suelte usted, que va á derretir el copo y me voy á quedar manca.
- LUIGI *Giuro*, besando el evangelio... (La besa la mano.)
- ROSA Eso ya es pasarse á mayores. *Soltate, soltate* el evangelio.
- LUIGI *Jamai*, nunca. (Rosa quiere apartarse de él. Luigi, de rodillas, la sigue.)
- ROSA Suelte usted ó grito. (Logra desasirse, haciendo que Luigi caiga al suelo.) Al fin. (Se encierra en el cuarto de Carmen.)
- LUIGI (Levantándose.) ¡*Mio Dio, qué vigorosa!* *E un caporale. Credo que debo andarmi.* (Va á salir y en el momento entra Melchor.) ¡*Uf!* ¡El bárbaro del marido!

ESCENA XVII

LUIGI y MELCHOR

- MEL. (¡Hola! Está aquí este mamarracho. Me alegro.)
- LUIGI ¡*Oh, signor mio é amico!* ¿*Come va?*
- MEL. (Con sequedad.) Muy bien.
- LUIGI Yo también, *grazie*.
- MEL. No hay de qué.
- LUIGI (Sí qué es bruto en todas las lenguas.)
- MEL. Caballero, vengo de su casa de usted.
- LUIGI *Tanto honore.*
- MEL. Ya adivinará usted á qué he ido.

- LUIGI *No indovino.*
 MEL. A desafiar á usted.
 LUIGI ¿*Entonces é* que usted sabe?..
 MEL. Todo.
 LUIGI (*E raro.*) *E bene* estoy á la *sua disposizione*.
 Comprendo que debo á usted...
 MEL. A mí no me debe usted nada. Yo soy padrino de...
 LUIGI ¡Padrino! No comprendo; *ma* no importa. Mañana mis padrinos...
 MEL. Mañana, no; ahora mismo.
 LUIGI ¡Qué exigencia! No es *correcta* su procedimiento.
 MEL. ¿Cómo que no es correcta?
 LUIGI *E lo repito.*
 MEL. ¿Me insulta usted? Entonces la cuestión será conmigo.
 LUIGI Yo no insulto; usted es el que cobardemente...
 MEL. ¡Cobardemente! ¡Mequetrefe! ¡A mí! (Yéndose hacia él con ademán amenazador.)
 LUIGI (Refugiándose detrás de una butaca,) No es usted un militar español... *il honore* del uniforme no permite portarse así.
 MEL. ¡Maldito genio el mío! Tiene usted mucha razón. Ante todo, perdóneme, y en seguida véngase conmigo á que arreglemos este asunto. (¡Así como así le tenía unas ganas!..)
 LUIGI Buscaré un testigo.
 MEL. Yo ya tengo uno. Vamos.

ESCENA XVIII

DICHOS y el DOCTOR

- DOC. ¿Conque la enferma sigue mejor?
 MEL. Llega usted oportunamente. Véngase conmigo. (Cogiéndose de su brazo.)
 DOC. ¿Hay algún enfermo en casa?
 MEL. Lo habrá dentro de un rato. (Señalando á Luigi.)
 DOC. ¿Eh?

- MEL. Doctor, presento á usted al señor Guero-
fano. (A Guerofano.) ¿Acepta usted al Doctor?
- LUIGI *Con piacere.*
- DOC. (A Guerofano, dándole la mano.) Mucho gusto
tengo en conocer á usted.
- LUIGI *Grazie.* ¿Será usted el padrino?
- DOC. ¡Cómo! ¿La señora ha salido ya de su paso?
Me he equivocado en muchos días.
- MEL. ¡Qué paso ni qué niño muerto!
- DOC. ¿Ha nacido muerto? ¡Pobre señora!
- LUIGI *Dotore,* ¿lleva usted la caja de instrumentos?
- DOC. ¿En qué quedamos, ha salido ya ó no?
- MEL. Uno, por lo menos, saldrá descalabrado, y
por eso necesitamos sus servicios.
- DOC. ¡Descalabrado! Entendámonos, caballeros,
¿se están ustedes burlando de mí?
- MEL. ¡Ea! Basta de conversación. ¡Doble derecha!
Vamos, Doctor.
- DOC. ¿Pero quién es el paciente?
- MEL. ¡No me impaciente usted, hombre!
- LUIGI Si tiene que operarnos, *li prego la destreza.*
- MEL. (Llevándole á un lado.) Sépalo usted de una vez,
¡es á muerte!
- LUIGI (Llevándole al lado opuesto.) Sobre tódo *discre-
zione*; es cosa de faldas.
- MEL. Estamos perdiendo un tiempo precioso. ¡Ju-
liana! ¡Juliana!
- JUL. ¡Señorito!
- MEL. Cuando venga don Rafael, dile que me es-
pere.
- JUL. Está muy bien.
- LUIGI (Cogiendo al Doctor por un brazo.) *¡Andiamo!*
- MEL. (Ídem.) ¡En marcha!
- DOC. ¡Pero, señores, señores!...
- LUIGI *Andiamo... e non parle piu...* (Se llevan entre
todos al Doctor á viva fuerza.)

ESCENA XIX

JULIANA y después CARMEN

- JUL. ¡Qué demonios tendrán! Hoy ocurre algo ex-
traño en esta casa. La señorita llora y sus-

pira; el señorito salió como alma que lleva el diablo; don Melchor entra y sale y grita... Pero, después de todo, ¿á mí qué me importa? Allá ellos.

CAR. ¡Gracias á Dios que se fué! Juliana, ¿vino ya el señorito?

JUL. Sí, señora; pero se volvió á marchar.

CAR. En cuanto venga avíseme usted.

JUL. En este momento llega. (Vase.)

ESCENA XX

CARMEN y RAFAEL. Carmen se sienta en una butaca, coge una labor y se pone á trabajar sin hacer caso á su marido

RAF. Hola, Carmencita. (Se sienta lejos de ella.) ¡Pobrecilla! ¡Qué pálida está! ¡Qué ojerosa! (Pausa.) ¡Carmen!.. ¡Carmen!.. ¿No me oyes?

CAR. Sí.

RAF. ¿Qué te pasa? ¿estás incomodada conmigo?

CAR. (Con sequedad.) No.

RAF. Pues cualquiera lo diría. (Pausa.) ¡Qué poco animada es nuestra conversación!

CAR. Sí.

RAF. ¿Te molesta mi presencia?

CAR. ¡Qué sé yo!

RAF. (Levantándose y yendo á colocarse detrás de la butaca en que se sienta Carmen.) ¡Sí, no y qué sé yo! Pues yo te digo que *sí*, que te quiero, que *no* tienes motivos para adoptar ese gesto de disgusto y que *que sé yo* lo que daría por no verte así.

CAR. (Volviéndose de pronto con ira.) ¡Me desespera! ¡me encoleriza! ¡me enrabia! que tengas esa calma chicha.

RAF. ¿Y por qué he de sulfurarme?

CAR. ¡Sabes que un hombre pretende mi amor, y te quedas tan tranquilo!

RAF. ¿Y eso; que debería halagarte, te enoja?

CAR. La confianza excesiva puede confundirse con el menosprecio.

- RAF. Pero, vamos á ver; ¿por qué te empeñas en que me ponga en ridículo? ¿por qué?
- CAR. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Quiéres que te lo diga?
- RAF. Es inútil. Tus caprichos, tus enojos, que me encantan, me hacen adivinar que... No me atrevo á decirlo; si el médico se hubiera equivocado, ¡qué desencanto tan grande! ¿Dime, Carmen, es verdad que vamos á dejar de ser dos?
- CAR. ¿Qué dices?
- RAF. ¿Es cierto que vamos á realizar el santísimo misterio de la Trinidad, ser tres y uno?
- CAR. (Ruborosa.) ¡Rafael!
- RAF. Mira, es tauta mi alegría que... no te rías de mí, pero... también de alegría se llora.
- CAR. (Vivamente, poniéndole las manos sobre los ojos.) No, no quiero; no lo merezco. ¡Perdóname, Rafael! (Le echa los brazos al cuello.)

ESCENA XXI

DICHOS y ROSA

- ROSA (Desde la puerta izquierda.) ¡Caracoles! en qué momento llego. Les avisaré. ¡Ejem! ¡ejem!
- CAR. ¡Ay!
- RAF. ¿Eres tú, Rosa?
- ROSA No os molestéis, ya me voy. El onceno... (A Carmen.) ¿Te has convencido?
- CAR. (A Rosa.) Sí; eres más afortunada que yo; mi marido no tiene el don de las lágrimas. (A Rafael.) Sécate los ojos.
- ROSA ¡Embustera! ¡Si le he visto hacer pucheros! (A Rosa.)
- RAF. ¿Pero qué significan esos secretitos?
- ROSA Yo te lo explicaré. Tu mujer es una chiquilla mimada; se ha divertido en hacerte sufrir. La carta que encontraste se me cayó del manguito, era para mí.
- RAF. ¿Para tí?
- ROSA Sí; pero no digas nada á Melchor; ya conoces su genio.

- RAF. Lo prometo. ¡Pero, calle! ahora que recuerdo...
- ROSA }
CAR. } ¿Qué?
RAF. Que Melchor va á averiguarlo todo.

ESCENA XXII

DICHOS, MELCHOR y el DOCTOR

- MEL. Ya está todo entrapajado. Bueno le hemos puesto entre el Doctor y yo. ¡He dado al tal Guerofano una cuchillada!
- ROSA ¡Melchor!
DOC. Pronóstico leve. Herida en la parte anterior y superior del antebrazo, cortando epidermis, dermis, tejido adiposo y tendones; pero sin llegar al elemento óseo. He visto también...
- MEL. ¡Quiere usted callar!
DOC. Contusión de tercer grado.
ROSA Pero, Melchor, Melchorito, ¿qué has hecho?
RAF. Expílicate de una vez.
MEL. Acabas de batirte.
RAF. Déjate de bromas.
CAR. (Al Doctor.) ¿Pero qué ha pasado, Doctor?
DOC. Nada, señora; una operación quirúrgica mal ejecutada. Vine á ver á usted, y este señor y un italiano, quieras que no quieras, me condujeron á casa de Botín.
- ROSA ¡De Botín!
MEL. ¡Hombre, no diga usted desatinos! Fuimos á la sala de armas de *Broutin*, y allí casi he rebanado un brazo al tal Guerofano. Sí; es preciso que lo sepáis. Rafael me rogó que fuera padrino suyo.
- CAR. ¡Rafael!
RAF. Acaba.
MEL. Encontré aquí á ese mamarracho; creyó que era yo el que debía batirse, y como le tenía ganas, no quise sacarle de su error; y nada, cuestión de diez minutos. Le he castigado,

- por do más pecado había. Yo ya he hecho bastante; lo demás corre de cuenta del Doctor. Me parece que no vuelve á escribir.
- DOC. En un mes por lo menos.
- ROSA ¡Un mes! ¡Qué felicidad!
- RAF. (A Melchor.) ¡Gracias, amigo mío!
- MEL. ¡Gracias! Lo que debes hacer es perdonarme; he usurpado tu puesto, ¿no te parece?
- RAF. Sí; y me parece que hay una providencia. Pero si ese caballero vuelve á caer en la tentación de escribir, entonces seré yo quien le dé su merecido.
- CAR. No; yo no quiero; te lo prohibo.
- DOC. ¡Por Dios, señora! nada de emociones. A ver. (La toma el pulso.) ¡Una, dos, tres! Lo menos setenta.
- MEL. ¿Qué te parece, mujercita; estás contenta?
- ROSA Sí; pero te has expuesto.
- MEL. ¡Eh! lo doy por bien empleado. Por un amigo, y además qué lección para ella. (Indicando á Rosa.)
- ROSA ¡Para ella! ¡No lo sabes tú bien!
- DOC. Nada, nada; tranquilidad, mucha tranquilidad; es lo que por ahora tengo que recetar á usted.
- CAR. Descuide, Doctor; que ya no volveré á perderla. (A Rosa) ¿No es verdad, Rosa?
- ROSA (A Carmen.)
Tras de tantos sinsabores
te saliste con la tuya...
(Al público.)
Una palmada, señores,
y dejad á los autores
que se salgan con la suya.

FIN





PUNTOS DE VENTA

DE LOS EJEMPLARES PERTENECIENTES Á ESTA GALERÍA

MADRID

Librerías de los Sres. Hijos de Cuesta, Carretas, 9; Fernando Fè, Carrera de San Jerónimo, 2; Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6; M. Murillo, Alcalá, 7; Manuel Rosado, Esparteros, 11; Guttenberg, Principe, 14; Simón y Comp.^ª, Infantas, 18; Escribano y Echevarría, Plaza del Angel, 12; Viuda de Hernando, Arenal, 11; José María Jaquineto, Olivar, 1; Miguel Guijarro, Preciados, 5; Perdiguero, San Martín, 6; Victoriano Suárez, Jacometrezo, 72; Sáenz de Jubera, Hermanos, Campomanes, 10.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Casa Editorial*, acompañando su importe en letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los representantes de esta Galería:

Lisboa: Juan M. Valle, Rua Nova de Carmo, 45 y 47.

Habana: Manuel Durán, Oficios, 40.

Buenos Aires: Landeira y Comp.^ª, Libertad, 36.

ARCHIVO MUSICAL

Se facilita en venta y alquiler todo el repertorio de zarzuelas y óperas para grande y pequeña orquesta.

Greda, 15, bajo